

# Presiones intangibles en Jammu y Cachemira

Ankur Datta

**La historia, la herencia y la incertidumbre condicionan la experiencia de ser hombre, joven y desplazado en Jammu y Cachemira.**

El estado de Jammu y Cachemira, administrado por la India, está envuelto desde 1989 en un conflicto entre la India y el movimiento nacionalista que persigue la independencia de Cachemira. Entre las víctimas de este conflicto se estima que entre 140.000 y 160.000 pandits de Cachemira, la minoría hindú de esta región, fueron desplazados de sus hogares cuando se inició el conflicto. Desde 1990 esta gente se ha visto forzada a trasladarse a Jammu, en la parte sur del estado y finalmente a diferentes zonas de la India. Una minoría importante vive en campos que durante las últimas dos décadas se han convertido en parte del paisaje de la ciudad de Jammu y sus alrededores.

Como ciudadanos indios que son, el Estado de la India les proporciona asistencia si bien el término oficial en la región para las personas desplazadas es “migrante”. Ha habido relativamente poca consideración hacia cuestiones relativas a la juventud en la comunidad. Para el conjunto de hombres jóvenes de más edad, las dificultades para garantizar su medio de vida y el de sus familias pueden vulnerar su autoestima, mientras que los adolescentes sufren la presión de las exigencias que sus familias, sus iguales, las instituciones políticas y la población local les imponen.

## El peso de las aspiraciones

Históricamente los pandits de Cachemira se han asociado con el poder en la región, habiendo sido destacados terratenientes en el pasado y empleados de las burocracias estatales en los períodos precolonial, colonial y poscolonial de la historia del sur de Asia. Los pandits de Cachemira también comparten un largo historial de migración desde Cachemira a diferentes partes de la India, lo que promueve la imagen de que son una comunidad de élites influyentes asociada a las profesiones de la clase media en Cachemira y fuera de ella. Ser un pandit de Cachemira significa tener estudios, modales y trabajar en puestos como la burocracia, la enseñanza y otras ocupaciones de clase media. A los pandits no les gustan los empleos que implican trabajo físico.

La imagen de haber disfrutado de una cierta calidad de vida antes del desplazamiento circula entre la juventud pandit. Existe un fuerte sentimiento especialmente entre los hombres jóvenes de que sus mayores habían gozado hasta cierto punto de una vida plena, poseían propiedades, disfrutaban de los beneficios de una educación ininterrumpida y del acceso a profesiones seguras.

Sin embargo, el desplazamiento ha alterado sus planes de vida. Esto se aplica especialmente a los jóvenes hombres que se encuentran al final de la adolescencia o al principio de su edad adulta y que pertenecen a familias que han sido afectadas gravemente por el desplazamiento. Muchos se encuentran en campos, incapaces de finalizar sus estudios o, habiendo terminado la escuela, sin poder acceder a la universidad o a la formación profesional. El resultado es que el abismo entre sus circunstancias y realidades inmediatas y sus aspiraciones es considerable.

Sunil, que se crió en un campo en Jammu, había sido aprendiz en una imprenta tras terminar sus estudios. Estaba orgulloso de su trabajo pero era consciente de cómo le veían los demás:

*“No fui a la universidad. Soy un inculto. Sin embargo me metí en un ‘trabajo técnico’. Tuve que aprender a desempeñar este trabajo. Pero los chicos de mi edad se avergonzarían de este trabajo... Les da vergüenza desempeñar trabajos físicos.”*

Aunque algunos verían a Sunil como alguien que ha tomado las riendas de su vida, él está disgustado porque nunca podrá alcanzar esos ideales a los que aspiraba como pandit de Cachemira.

## Conflicto moral

El problema de las aspiraciones gira en torno al género. Los padres pueden llegar a criticar a sus hijos –en especial a los varones– por no colaborar con la familia bien trabajando o completando sus estudios. A su vez los hombres, en especial los veinteañeros que eran niños muy pequeños cuando se desplazaron, critican a sus padres por decidir trasladarlos a una ciudad como Jammu, carente de oportunidades. En Jammu existe un abrumador sentimiento de que el campo es un espacio negativo que no tiene ni punto de comparación con los hogares que dejaron atrás. Esta imagen negativa del campo también mancha a sus habitantes. Muchos autóctonos, incluidos los funcionarios de Estado, definen a los pandits que viven en los campos como exigentes, poco fiables y con tendencia a malas conductas puntuales. Los adolescentes y jóvenes desempleados varones a menudo son más criticados. Los grupos de chicos vagando por el campo o de hombres jóvenes sentados en los rincones se perciben como ejemplos de mal comportamiento, y se les acusa de holgazanear y acosar a las mujeres. Sin embargo, dicho comportamiento puede verse en cualquier comunidad asentada en cualquier parte del mundo y las denuncias a menudo son exageradas. De todas formas algunos de los chicos adolescentes remarcaron que tienen muy poco que hacer.

Existe el riesgo de que los jóvenes desplazados interioricen esto y empiecen a verse a sí mismos en términos negativos. Muchos jóvenes hablan a menudo de los efectos nocivos del desplazamiento señalando el mal comportamiento de los niños. Muchos hombres más mayores remarcaron que se les educó para ser afales, cumplir con las normas de etiqueta y evitar cualquier tipo de conflicto. Pero para muchos pandits más jóvenes que se han criado en el exilio y han alcanzado allí la mayoría de edad comienzan a emerger valores distintos. Un joven insistió en que, al contrario que sus padres, expresan más su ira. Esto se puede ver en el frente político en que los activistas pandits –que remarcan que son ciudadanos leales y que apoyan a la India, al contrario que los cachemires del valle que exigen la independencia– critican al Estado de la India por haberles traicionado.

Los jóvenes que han vivido en campos y se han casado se quejan de que les afecta la limitación del espacio. El alojamiento en los campos de desplazados para los pandits de Cachemira estaba ‘viviendas de una sola habitación’: un espacio de 2,74 m. por 4,26 m. que se asigna a una familia independientemente del tamaño de la misma. Estas limitaciones de espacio imponen una importante presión sobre los valores de domesticidad y privacidad y en las relaciones conyugales. No solo los jóvenes han hablado del impacto de estas presiones sobre su bienestar físico y emocional, sino también que los mayores se quejan de que la falta de

privacidad 'corrompe' a los miembros más jóvenes de la familia, provocando más conflictos entre éstos y sus mayores.

Entre 2008 y 2011 los campos para los pandits de Cachemira en Jammu se fueron cerrando de forma gradual y sus habitantes, alojados en una nueva colonia residencial sencilla a las afueras de la ciudad. Al contrario que las viviendas de una sola habitación de los viejos campos, la nueva colonia consiste en edificios de apartamentos de tres plantas. La nueva colonia se ve como una mejora y será interesante ver los cambios que producirá en la dinámica de los jóvenes. Sin embargo, sigue habiendo presiones. Rohan, un hombre joven, se ha mudado de forma temporal a una ciudad más grande del sur. Llevaba mucho tiempo queriendo abandonar los confines de Jammu y cumplir sus ambiciones y esperanzas de una vida mejor. Cuando el gobierno estatal de Jammu y Cachemira anunció un paquete de medidas para el empleo en el sector público dirigido a los pandits de Cachemira desplazados, su familia insistió en que regresara a Jammu y se presentara para un puesto que promete estabilidad laboral en una época de dificultades económicas. Tales presiones afectan a los jóvenes pandits a la hora de poder rehacer sus vidas. Los fantasmas del pasado están en el día a día de otra manera. Para muchos jóvenes pandits,

en especial para los que constituyen la sección más pobre de la comunidad, los problemas de desempleo a menudo hacen que les resulte difícil contemplar la idea del matrimonio y convertirse en sustentadores que puedan contribuir a que sus familias consigan una determinada calidad de vida. Algunos jóvenes pandits pueden encontrar una vía de escape yendo a la universidad y encontrando empleo en sectores de la economía relativamente bien pagados. Pero eso puede afectar a las relaciones con sus semejantes y con sus amigos, dividiendo a la juventud pandit entre los que pueden asegurarse un futuro relativamente mejor y los que se quedan atrás. Lo anterior refleja una gran disertación entre los pandits desplazados: aunque insisten en que existe un sentimiento de comunidad, a la mayoría se les deja que se las arreglen solos y es poca la ayuda que pueden esperar dar o recibir por parte de los demás.

Ankur Datta [ankur@cstds.in](mailto:ankur@cstds.in) es antropólogo e investigador asociado invitado en el Centro para el Estudio de Sociedades en Desarrollo, Nueva Delhi, India. El trabajo de campo en el que se basa el presente artículo fue posible gracias a una beca del Central Research Fund (Fondo Central para la Investigación), Universidad de Londres. Se han utilizado seudónimos para preservar la identidad de las personas entrevistadas.